

José Rafael Herrera*

Vico y Descartes

Les fables font imaginer plusieurs événements comme possibles que ne le sont point.

Descartes

Las fábulas han sido verdaderas y fundadas historias de las costumbres.

Vico

Tandem Deus naturae artifex; animus artium, si fas dicere, deus.

Vico

Resumen:

El propósito de las presentes páginas consiste en aproximarse al muy peculiar cartesianismo de Giambattista Vico. Más precisamente, se trata de introducirse en las razones que permiten comprender por qué cuando el autor de la *Scienza Nuova* llega a la cabal comprensión de la filosofía cartesiana, en ese mismo momento logra tomar conciencia de su radical anticartesianismo. En tal sentido, puede afirmarse que Vico ha sido un cartesiano *tout court*, en virtud de que ha logrado penetrar en el núcleo mismo de aquella filosofía, al punto de hacerla concrecer. Pero, al hacerlo, termina liberándola del dogmatismo racionalista al cual el propio Descartes había encadenado su pensamiento.

Palabras Clave: Verdad, Certeza, Dogmatismo, Cartesianismo, Racionalismo, Historicidad, Dialéctica.

Abstract:

The purpose of these pages is to give an approach to the very peculiar Giambattista Vico's cartesianism. More precisely, it is about introducing into the reasons which allow understand why the author of the *Scienza Nuova* reaches the whole comprehension of the cartesian philosophy just in the moment he achieves to be conscious of his radical anticartesianism. Anyways, it is possible to say that Vico has been a *tout court* cartesian, because he has achieved to penetrate into the kernel of that philosophy, making it concrete. But, when he does that, he finishes liberating it from the rationalist dogmatism to which Descartes himself had tied his own thought.

Keywords: Truth, True, Dogmatism, Cartesianism, Rationalism, Historicity, Dialectic.

* Escuela de Filosofía. Universidad Central de Venezuela.

Geometrica demonstramus quia facimus, afirmaba Hobbes en *De corpore*. Se trata de una expresión que quizá contenga, *in nuce*, la más importante contribución hecha por la cultura moderna a la historia del pensamiento universal. Y sin embargo, es probable que el filósofo inglés no llegara a comprender que la flexión contenida en la frase, y que por lo demás caracteriza al espíritu de su tiempo, terminaría por radicalizar profundamente su propio significado, al punto de que sus premisas servirían de sustento para la rica y compleja estructura de la identidad de la verdad y de lo hecho. De pronto, y más allá de Descartes, el conocimiento se fundía, en uno, con lo conocido, la verdad y lo hecho se convertían recíprocamente, vale decir, la una en lo otro y viceversa, ya que: *Si physica demonstrare possemus, faceremus*, porque: *Verum et factum convertuntur*.

El propósito de las presentes páginas consiste en aproximarse al muy peculiar cartesianismo de Giambattista Vico. Más precisamente, se trata de introducirse en las razones que permiten comprender porqué cuando el autor de la *Scienza Nuova* llega a la cabal comprensión de la filosofía cartesiana, en ese mismo momento logra tomar consciencia de su radical anticartesianismo.

Comprender, decía Hegel, quiere decir superar. No obstante, conviene recordar que para Hegel superar implica conservar —es decir, en función de lo que se supera—; se trata, en términos particulares, de conservar aquellos aspectos que resultan determinantes y necesarios, desde un punto de vista cualitativo, para la cabal comprensión del desarrollo del organismo en su conjunto complejo y, no pocas veces, contradictorio; lo cual, en sustancia, intenta preservar la cosa bajo una nueva —a saber: más rica y concreta— figura de su experiencia immanente. En tal sentido, puede afirmarse que Vico ha sido un cartesiano *tout court*, en virtud de que ha logrado penetrar en el núcleo mismo de aquella filosofía, al punto de hacerla crecer. Pero, al hacerlo, termina liberándola del dogmatismo racionalista al cual el propio Descartes había encadenado su pensamiento.

Llevado hasta sus últimas consecuencias, el cartesianismo le resulta, entonces, externo y meramente intelectual, es decir, abstracto, ajeno a los hombres, a la sociedad y a la cultura de su tiempo. El sueño cartesiano de la razón pretende establecer asepsias universales y rigurosas contra la formación cultural, la religión, la poesía y, por supuesto, la historia: lazaretos –como se ha afirmado¹, no sin énfasis– contra las creencias y las costumbres. Por eso, Vico sostiene que una máquina neumática, permitida por la divinidad inmanente, desconocida de los corazones y sin acción sobre lo instintos, atacaba la complejidad del hombre y la sociedad de las generaciones².

A la luz de estas consideraciones preliminares, cabe afirmar que cuando Vico hace suyo el problema cartesiano de la certeza, se transforma en el primer cartesiano que combate a Descartes desde el fondo del cartesianismo, vale decir, con sus propios argumentos. Un cartesiano que no se conforma con el carácter intuitivo e inmediato del cogito, entendido como la simple consciencia de los hechos, pues, para él, la certeza no es la intuición o la conciencia del ser –que el pensamiento no es capaz de encontrar en su experiencia pensante– sino, más bien, el punto de partida que la *Scientia* requiere para hacer posible la reconstrucción del ser³. En otros términos, lo que para Descartes es un resultado para Vico es apenas un aspecto - una herramienta- del comienzo que permite remontarse hasta el saber y, en último término, a la verdad. Se trata de

¹ Ver el Prólogo a los *Principios de una Ciencia Nueva*, en la edición del FCE, México, 1993(3), a cargo de su traductor, José Carner.

² *Cit.*, p. 20.

³ Dice Vico en la primera edición de la *Scienza Nuova*: «(...)la idolatría nació en un mismo parto con la adivinación, o sea, la vana ciencia de lo venidero mediante ciertos avisos sensibles, que se reputan enviados a los hombres por dioses. Ciencia tan huera, en la que debió hallar su origen la sabiduría vulgar de todas las naciones gentiles, cela, empero, dos grandes principios de verdad: uno, la existencia de la Providencia divina, que gobierna las cosas humanas; otro, la presencia en los hombres de la libertad de albedrío, mediante la cual, si quieren y en ello se emplean, podrán esquivar lo que, si la previsión faltara, sería inevitable. De cuya segunda verdad al punto se deriva que los hombres escojan vivir justamente: sentido común que viene a ser comprobado por el común deseo de las leyes que naturalmente les asiste, cuando no les mueva la pasión de algún interés propio que no las quiera». (*Op. cit.*, p.15-6). Tal es, para Vico, el mayor error de las filosofías que anteceden a la suya, a saber: alejarse desgraciadamente de la sabiduría popular y abandonarla (*Cfr. cit.*, Cap. III, p.18).

la búsqueda de la plenitud, es decir, de la redimensión de la importancia del conocimiento del *Zeitgeist*; con lo cual, se intenta poner de relieve la conciencia de la experiencia la humana actividad, a través de una labor hermenéutica de signos no convencionales, construida sobre la base de los mitos clásicos, las reconstrucciones etimológicas, las tradiciones populares, las antiguas frases poéticas, la rudimentaria psicología de los pueblos primitivos, el lenguaje figurado o alegórico, entre otros aspectos.

En efecto, al ser reconocida y aprehendida, la certeza puede llegar a convertirse en un elemento esencial, en virtud del cual es posible contener la arrogancia y el ímpetu de la duda metódica, la cual ha terminado por resentir el principio y la estructura misma de la filosofía cartesiana. Y sin embargo, conviene advertir que no se trata, en Vico, de la certeza entendida como ser inmediato, sino comprendida como ser en desarrollo, explicación, actuación y conquista de sí misma. No, pues, inmersa en el innatismo de las ideas claras y distintas, sino en el pasaje gradual del espíritu, desde la fantasía a aquella razón que es capaz de restituir el valor de la memoria y del conocimiento del pasado, asumida como la unión de la unión y de la no-unión, esto es: como la unidad de la unidad de la diferencia, o como la verdad de la verdad y de la no-verdad⁴.

Siguiendo a Grocio, uno de sus autores predilectos, Vico va tejiendo el hilván—precisamente, la *Battista*— de lo universal, sobre la base de lo particular,

⁴ Dice Althusser en su ensayo: *Sur Spinoza*, publicado en 1974, que a partir del reconocimiento del conocimiento no-verdadero, Spinoza traza, desde el Apéndice al Primer Libro de la *Ética* y desde el *Tratado teológico-político*, «la première théorie de l'ideologie... avec ses trois caractères: 1/ sa «réalité» imaginaire 2/ son inversion interne 3/ son «centre»: l'illusion du sujet». (Cfr. L. Althusser, *Éléments d'autocritique*, Hachette, 1974, p.72). Dichas características, meticulosamente precisadas por Althusser en la obra de Spinoza, están sin duda presentes en la concepción viquiana de la no-verdad respecto del racionalismo de Descartes. En tal sentido, puede afirmarse que hay en la obra de Vico una clara línea de continuidad respecto del filósofo holandés; continuidad que, no obstante, será llevada por Vico hasta sus consecuencias extremas, mediante la inclusión de las diversidades en el interior de la quietud universal de la sustancia spinociana, en tanto elemento constructor y no deducible de la sustancia misma, a la que denomina Providenza. Para Vico, en efecto, no es la sustancia la que determina los modos de la existencia, sino que es la diversidad de los modos de la existencia lo que determina la sustancia. En todo caso, se trata de un tema que de hecho merece una elaboración especial, prevista por quien escribe las presentes páginas.

cuya última expresión es, por cierto, el entramado inescindible de la filosofía con la filología:

(...) La filosofía contempla la razón, de donde proviene la ciencia de lo verdadero; la filología observa la autoridad del arbitrio humano, de donde proviene la conciencia de lo cierto(...) han faltado los filósofos, quienes han especulado sobre principios y leyes abstractas sin cuidarse de la historia concreta de los hombres, tomando lo universal en perjuicio de lo particular; pero también han faltado los filólogos, quienes se detienen en los datos puramente empíricos y fragmentarios, sin elevar su ciencia a la contemplación de las leyes universales y eternas (...)

Ya en las *Oraciones inaugurales*, dictadas entre 1699 y 1706, pero particularmente en *De nostri temporis studiorum ratione*, se va precisando la polémica contra el método matemático-deductivo cartesiano, en nombre de la articulada –y no siempre tan obvia– diversidad del mundo de los hombres. En efecto, la defensa de la retórica y de la elocuencia, de la poesía y del ingenio, del estudio de la historia, del derecho y de las ciencias morales, por encima del discurso silogístico-matemático o del estudio y conocimiento del mundo físico-natural, se convierte para Vico en una exigencia de los nuevos tiempos. El mundo de los hombres es el mundo del cual conviene ocuparse, mucho más que de una realidad que, aprehendida mediante esquemas de orden matemático, permanece siempre irreductible, misteriosa en su propia esencia, y sólo apta para el conocimiento exclusivo de su creador.

Más tarde, en el *De antiquissima*, de 1710, Vico, mediante una serie de sorprendentes exámenes etimológicos, busca encontrar una antigua sabiduría itálica a fin de restaurar sus enseñanzas y de rechazar la doctrina cartesiana de la materia: la metafísica es el fundamento de la física, los cuerpos están constituidos por puntos metafísicos indivisibles, puntos de fuerza, capacidades indefinidas de movimiento que genera el universo físico. Una concepción, como puede verse, cercana a la de Leibniz. Pero más importante todavía resulta la polémica que Vico plantea –aún en el *De antiquissima*–, relativa al cogito cartesiano, retomando para ello algunos de los argumentos característicos del

escepticismo de Gassendi: el error de fondo de Descartes consiste en colocar el criterio de verdad en las ideas claras y distintas. En realidad, el criterio de verdad sólo puede ser encontrado en la conversión del *verum* y del *factum*, dado que la verdad y el hecho mantienen una relación de reciprocidad por medio de la cual llegan a transformarse el uno en el otro, es decir, son sinónimos, en tanto que el criterio y la norma de la verdad consisten en hacerla, lo que se traduce en el hecho de que la ciencia sea el conocimiento de la génesis de las cosas, en la medida en la cual se vienen haciendo: *verum et factum reciprocatur, seu convertuntur*.

De nuevo, desde los elementos más oscuros, o como dice Vico, más robustos y plenos por el Infierno de una vastísima fantasía, hasta conquistar el cielo de la verdad. Quizá sea por ello que, como en su momento indicara Francesco De Sanctis, cuando se habla de la *Scienza Nuova* de Vico se habla casi de una nueva *Divina Comedia*⁵. En realidad –como sostiene uno de sus intérpretes contemporáneos–, la «densidad» constituye la más típica característica de las obras de Vico, quien, no por casualidad, al adiestrar a los jóvenes en el estilo ideal de la elocuencia, utilizaba reiteradamente el adjetivo copiosus, que quiere decir «rico de ideas»; y en su célebre polémica contra el abuso pedagógico del «método cartesiano», lo acusa de empobrecer la estimulante variedad del discurso persuasivo y creativo⁶, ya que Descartes procede siempre por inmediata asociación lógica de los enunciados precedentes y subsiguientes, por lo que sofoca en los discípulos aquella facultad que es propia de los filósofos: descubrir analogías entre fenómenos lejanos y diversos⁷.

En todo caso, con Vico, la filosofía deja de ser una simple y vacía metafísica de la sustancia para devenir –como ya se ha sugerido– una e idéntica con la filología, vale decir: con la ciencia de lo cierto, del *factum*, de lo que es hecho por los hombres y, en consecuencia, de lo que hace posible la ubicación del sujeto en su mundo. De tal manera que, para Vico, se trata de resolver el problema del saber como resultado –y no como premisa– de la unidad de la certeza del empirismo con la verdad del racionalismo. Un problema que sólo encuentra

⁵Cfr.: *Principios...*, *op.cit.*, p.11.

⁶Cfr.: Paolo Massimi, Introducción a: G.B. Vico, *De nostri temporis studiorum ratione*, Armando Editore, Roma, 1974, p.10.

⁷ *Op.cit.*, p.10-11.

resolución cuando llega a asumir como objeto de su interés lo que la acción humana, unida al inescindible desarrollo de su pensamiento, es capaz de crear, es decir, de hacer. De este modo, la verdad de la filosofía, la idea entendida como objeto de la pura especulación conceptual, o como construcción de un pensamiento puramente abstracto y dogmático, sin base alguna en la praxis humana (a saber: en el sentido y la acción del sujeto histórico-cultural-consciente), llega con Vico a su ocaso, dando lugar a una nueva era para la historia de la filosofía: la era de la diversidad, comprendida como elemento constitutivo e inmanente de la unidad del pensamiento y del ser.

Este es el argumento central que anima el propósito de las páginas que siguen a continuación.

* * *

¿Qué método de estudios es más correcto y mejor, el nuestro o el de los antiguos?

Vico

Se sabe que Descartes fue el primer pensador moderno que cuestionó los fundamentos de la *Bildung* del humanismo clásico. En las *Reglas para la dirección del Espíritu* sostuvo que las disciplinas que hasta entonces habían sido esenciales para la educación de los hombres ahora revelaban su insuficiencia y, más aún, su contradictoriedad frente a los avances del razonamiento lógico-científico. Era menester, por ende, reaccionar contra tales disciplinas, contra su poca utilidad para el conocimiento. Guiada por la duda metódica, la nueva filosofía tenía la obligación de denunciar la superficialidad de la experiencia de la conciencia humanista y, en especial, su poca capacidad para la comprensión del proceso de desarrollo técnico y científico que apenas comenzaba a surgir, inspirado en la aplicación del análisis matemático, como promotor de la habilidad requerida para la creación de los nuevos instrumentos de producción.

De ahí la animadversión y el desprecio hacia los estudios históricos, entendidos como una mera manifestación del saber que, para Descartes, cuenta con muy poca utilidad y ninguna aplicación de provecho, dado que, en su opinión, no proporciona ni certezas ni verdades ni, en suma, beneficios. En efecto, sostiene Descartes, ¿cómo podría la historia ser fundamento de la cultura?, ¿puede ella transmitir conocimiento, certeza o verdad? La respuesta cartesiana es categórica:

ni la historia, ni la idea de que el lenguaje —y con él la llamada sabiduría poética y la imaginación— son elementos esenciales, es decir, de factura imprescindible para el conocimiento humano. A lo sumo, son simples adornos sin mayor importancia, que cumplen la función de recubrir la esencia de la verdad.

Clarté et distinction: sólo la creación de un instrumento científico, basado en un principio originario, del que se pueda derivar todo conocimiento posible, puede conducir a la reafirmación del discurso filosófico. En consecuencia, sólo un nuevo concepto de objetividad puede establecer la necesaria infraestructura que requieren las ciencias para arribar al conocimiento verdadero. Sobre tales presupuestos, Descartes estableció el nuevo método de la filosofía, como el fundamento firme e inmutable de la moderna concepción del mundo. Semejante principio, según Descartes, tiene en la «duda metódica» su punto de masa, esto es, su equilibrio y consistencia racional y objetiva.

Las consecuencias del implacable juicio cartesiano contra las formas propias del saber humanista, así como la formulación de sus ulteriores presupuestos, todavía no han sido lo suficientemente bien ponderadas respecto de sus implicaciones para el presente. Por lo pronto, conviene afirmar que, después de ellas, la filosofía metamorfeó de saber en conocimiento y, más aún el conocimiento se transformó en punto de partida de la reflexión del intelecto abstracto⁸.

Era obvio que, a partir de tal aceptación, la filosofía debía cumplir la función especial de fundamentar el desarrollo de las ciencias particulares, sin que éstas tuvieran la necesidad de revisar o cuestionar sus presupuestos conceptuales.

⁸ Se denomina intelecto o entendimiento abstracto al pensamiento que solo es capaz de reproducir y permanecer dentro de las determinaciones finitas, pues en él toda determinación es un límite, una negación. Es, por tanto, aquella conciencia que para el objeto del percibir es apariencia y que en la reflexión de sí mismo deviene universal. En efecto, el entendimiento abstracto concibe toda realidad como algo indeterminado. Su «punto de vista», como dice Hegel, consiste en que «como lo empírico no encuentra lo universal, considera que en lo universal no tiene contenido determinado, es decir, que el ser no se puede deducir y elevar al análisis del concepto» (Cfr. G.W.F. Hegel, *Enciclopedia de las ciencias filosóficas en compendio*, esp.: par. 51 y 113. Cfr. también: par. 115 y 422). Su error fundamental consiste en querer concebir lo limitado y finifto como lo idéntico consigo mismo, como lo no contradictorio consigo mismo.

Mientras la irreverencia especulativa de un Giordano Bruno recogía como propia la filigrana de la cultura clásica y humanista, a fin de asumir con propiedad la inescindible armonía existente entre lógica, ética y estética, la novísima filosofía cartesiana creó un lenguaje técnico, especial, para el uso de los entendidos, determinado por el interés exclusivo de propiciar una explicación adecuada del problema del conocimiento. Por eso, para Descartes, la forma de expresión frecuente en Bruno le resulta inadecuada para el conocimiento: es, según su apreciación, poesía, literatura, simple mampostería ordinaria, no ajena a la superchería y, en último análisis, a la mera retórica. Inclusive, autores clásicos como Lucrecio, Filón, Séneca, Cicerón, Luciano o Marco Aurelio, pierden importancia para la nueva concepción de la filosofía. Había comenzado, así, el deterioro sostenido de la gran filosofía humanista, en la misma medida en la que la ideología del método se hacía cada vez más fuerte y vigorosa, bajo el impulso de la ratio cartesiana.

Cincuenta años más tarde, en la triste soledad de su estudio, en Nápoles, Giambattista Vico se dio a la tarea de construir una obra que, en sustancia, ponía al descubierto no sólo las virtudes sino, a la vez, las limitaciones de la idea cartesiana de la filosofía. Con ingenio e inteligencia especulativa, Vico intentaba recuperar –más allá de la rigidez impuesta por el modelo cartesiano del conocimiento, e incluso por encima de las abstracciones que sistemáticamente le prescribiera, tanto en el *Discurso* como en las *Reglas*– el profundo significado contenido en la cultura histórica y filosófica del humanismo, al tiempo de superar las cristalizaciones que dicha cultura llegó a sufrir en un determinado momento de su desarrollo inmanente.

En este sentido, las objeciones hechas por Vico no sólo van dirigidas contra el racionalismo moderno, sino también contra la esclerosis sufrida por el humanismo clásico, a partir de su proceso de crisis orgánica y de consecuente extrañamiento –es decir, como resultado de la pérdida de su unidad consciente, tanto espiritual y material como subjetiva y objetiva–, basándose, para ello, en una nueva concepción de la realidad y, más específicamente, del conocimiento de los fenómenos naturales y sociales.

En efecto, por un lado, Descartes considera que todo conocimiento que tiene como base la tradición es subjetivo y arbitrario, por lo cual debe ser excluido del conocimiento de lo verdadero. La claridad y la distinción constituyen, de

este modo, el instrumento metódico-objetivo esencial de todo saber humano, es decir, auténticamente racional. Pero, por otro lado, para la filosofía del humanismo, el rescate de la tradición clásica tenía como base firme la contemplación fenoménica y su constatación empírico-natural, como el único medio posible de conquistar la verdad. De manera que, para el humanismo, la completitud del hombre sólo puede ser el resultado del dominio integral de los elementos naturales, de los cuales el hombre mismo es, como se dice, arte y parte.

Vico subvierte estos presupuestos de la realidad. Para Vico, las diversas manifestaciones espirituales de la sociedad -el arte, la elocuencia, la religión, el derecho, la historia, en fin, todas las formas constitutivas de la vida social-, a las cuales califica de verosímiles, conforman las diversas expresiones -en su conjunto, válidas- del saber humano; manifestaciones que preceden al saber filosófico, pero que, en un determinado momento de su desarrollo productivo, llegan a configurar la propia estructura -la base real, como diría el Marx de la *Kritik* del '59- de la filosofía de una determinada formación cultural, vale decir, el carácter absoluto del saber de una época. Con ello, Vico rechaza la idea cartesiana según la cual la verdad es independiente de dichas manifestaciones. Y sin embargo, con Descartes, rechaza el argumento de la tradición humanista, para la cual el conocimiento y consecuente dominio de la naturaleza constituye el camino adecuado para conquistar la verdad. No existen, pues, ni un método ni un medio en sí y por sí: el método y el medio son ilusiones que no proporcionan seguridad alguna para aprehender la realidad efectiva.

De tal manera que, por una parte, en lo que se refiere a la ratio cartesiana, ésta no puede ofrecer -dado que no posee capacidad para ello- garantías para asir la verdad. Tras su apariencia científica, la desconfianza cartesiana oculta el temor a errar; su anhelo de seguridad revela su profunda inseguridad porque, precisamente el temor a errar, es, en realidad, el error mismo. Pero, por otra parte, en lo que respecta a la reflexión humanista -que convierte el medium pasivo en una ley positiva a través de cuya refracción se llegaría a la verdad-, conviene advertir que el conocimiento no es la refracción del rayo, sino el rayo mismo a través del cual llega a nosotros la verdad⁹.

⁹ G.W.F. Hegel, *Fenomenología del Espíritu*, FCE, México, 1978(4), p.51-2.

De este modo, Vico descubre el hecho de que, detrás del instrumento cartesiano o del *medium* de los humanistas, se produce una intermediación hermenéutica contraria al fin que se proponen. Como dice Hegel, en la *Fenomenología*, la verdad termina burlándose de semejantes astucias. Por fortuna, desde el principio, la verdad se encuentra entre nosotros, y de lo que se trata es de descubrirla sin necesidad de recurrir a los prejuicios y temores dentro de los cuales hasta ahora se ha pretendido encasillarla.

Para Vico –como también para Spinoza y para Hegel– la verdad sólo puede ser verdad, en sentido enfático, si es la norma que rige para sí misma y para la falsedad. Que algo sea falso sólo puede significar que se encuentra en situación de desigualdad respecto de su elemento sustancial. Lo verosímil, por tanto, es parte constitutiva del conocimiento verdadero: «*Ut autem scientia averis oritur –dice Vico en De nostri temporis studiorum ratione, de 1708–, error a falsis ita a verosimilibus gignitur sensus communis*»¹⁰.

La tarea de la filosofía consiste, por tanto, en precisar las determinaciones que van configurando el itinerario de lo verdadero desde las formas de lo verosímil –las cuales resultan de la fantasía y de la memoria, como, por ejemplo, la poética, la oratoria y las artes en general, pero también la economía, el derecho, la política y la historia– hasta las verdades propiamente científicas.

En tal sentido, sería un craso error comenzar la enseñanza de la filosofía partiendo de las disciplinas lógico-analíticas, pues: ...el más grave daño de nuestro tipo de estudios consiste en que, inmersos todos en el estudio de las ciencias naturales, le damos escaso valor a la moral y, sobre todo, a aquella parte de ella que trata del ingenio humano y de sus pasiones, en lo relativo a la vida civil y a la elocuencia... Presos en nosotros mismos, terminamos descuidando y abandonando, casi totalmente, aquel admirable y egregio estudio de las cosas políticas.

Verum et Factum reciprocatur, o como dice Vico, convertuntur. Demostramos las cosas geométricas porque las hacemos, y si pudiésemos

¹⁰ «Así como de lo verdadero nace la ciencia y de lo falso el error, así, de lo verosímil nace el sentido común»

demostrar las cosas físicas las haríamos¹¹. La razón es aquello que para producir sus efectos no tiene necesidad de algo extraño a sí misma, en virtud de que forma parte inescindible del género o modo propio de la cosa. La razón es, pues, immanente. Conocer o probar algo es, en consecuencia, volverlo a hacer, cabe decir, rehacer idealmente lo que ya se ha hecho prácticamente. Conocer y hacer se convierten el uno en el otro, tal y como –dice Vico– en Dios el intelecto y la voluntad se convierten para hacerse uno y todo. De ahí que en la medida en la cual Descartes intenta mediante el cogito llevar adelante la refutación del escepticismo¹², en esa misma medida se va distanciando de la verdad. En efecto, inmerso en aquellas meditaciones, Descartes no lograba comprender el hecho de que si bien cabe tener certeza del pensamiento –es decir, si de él se puede tener conciencia–, no por ello se llega a tener Ciencia, o lo que es igual, conocimiento de las causas del pensamiento, es decir, conocimiento del conocimiento. En consecuencia, aún teniendo certeza del pensar, Descartes ignora las causas del pensamiento, es decir, las razones mediante las cuales es posible pensar. Además, si pensar implica ser (cogito ergo sum), esto es: mente y cuerpo a la vez –motivo por el cual el pensamiento deviene causa del ser–, entonces el pensamiento tiene que ser la causa del cuerpo. De modo tal que el ‘dogmatismo’ se transforma, via negationis, en una suerte de reconocimiento del ‘escepticismo’, en medio de una dinamización de efectos perversos a partir de la cual se impone la acción recíproca de los términos, cabe decir: el otro del otro como sí mismo.

¹¹ G.B. Vico, *De nostri temporis...*, *Op.cit.*, p.25.

¹² Dice Descartes en la Cuarta Parte del Discurso, bajo el título de «Pruebas de la existencia de Dios y del alma humana o fundamentos de metafísica»: (..)examinando con atención lo que yo era, y viendo que podía imaginar que no tenía cuerpo y que no había mundo ni lugar alguno en que estuviese, pero que no por eso podía imaginar que no existía, sino que, por el contrario, del hecho mismo de tener ocupado el pensamiento en dudar de la verdad, de las demás cosas seguía muy evidente y ciertamente que yo existía; mientras que, si hubiese cesado de pensar, aunque el resto de lo que había imaginado hubiese sido verdadero, no hubiera tenido ninguna razón para creer en mi existencia(...) en la proposición pienso, luego existo lo único que me asegura que digo la verdad es que veo muy claramente que para pensar es necesario ser (...) (Cfr. *Op. cit.*, Aguilar, Buenos Aires, 1954, pp. 73-8).

* * *

Las artes y las ciencias, que en otro tiempo sólo la filosofía reunía y relacionaba en un todo armónico, hoy se hallan separadas y desmembradas...

Vico

Como puede verse, Vico se propone reaccionar, por un lado, contra el logicismo y el geocentrismo matemáticos, al tiempo de valorar, en sus justas proporciones, lo verosímil y, con ello, la distinción –por supuesto, didascálicamente conducida– entre mundo físico y mundo humano, porque la imposición del método geométrico a las cosas civiles sólo puede conducir a la se paración –es decir, a la abstracción– de los apetitos, la temeridad, la oportunidad y el acaso de las cosas humanas. En una palabra – dice Vico–, sería como confundir al Doctor con el Orador. Pero, por otro lado, y al mismo tiempo, Vico trata de superar los esquemas propios de una visión ingenua de la realidad, no ajena, por cierto, a la de los humanistas, precisamente porque: *geometriae ignari et metaphysices hostes, simplex corpus extensum in materiae usum adornarunt*¹³.

La influencia ejercida por Descartes sobre su pensamiento, está presente, pues, en su decidida exaltación de los estudios matemáticos. Gracias a ellos, señala Vico, al hombre se le ha abierto un campo en el que, al igual que Dios, puede crear. Creación, ésta, a partir de la cual puede alcanzar la verdad, porque los hombres, incapaces de asimilar las cosas que le son ajenas, se dirigen hacia las que le son propias, aquellas con las que son capaces de producir, mediante el punto y la línea, un mundo inimaginable de formas. Impulsados por la curiosidad e inmersos en aquella búsqueda interior, llegan entonces a producir dos ciencias, perfectamente compatibles y útiles para la sociedad: la aritmética y la geometría. Empero, cabe advertir el hecho de que las formas matemáticas se limitan a la superficie de lo real sin llegar a penetrarla, porque la divina verdad es una imagen sólida de las cosas, similar a la escultura, mientras que las formas matemáticas son como una imagen plana, similar a la pintura.

¹³ «Ignorantes de la geometría y hostiles a la metafísica, hicieron materia de la simple extensión de los cuerpos».

Así, la construcción de la metafísica viquiana se va abriendo paso hacia una concepción que, sometiendo a revisión el punto de vista de la filosofía cartesiana, y siempre a la luz de los elementos tipificantes de la reflexión del Renacimiento –a saber: *la peritia litterarum*–, llega a precisar en ella, e incluso a pesar de ella, el establecimiento de las ideas eternas que regulan nuestra mente. Porque, como dice Vico en el *De nostri temporis*, el objetivo del ciclo completo de los estudios es uno y uno solo; dicho objetivo es, por cierto, el mismo que persigue Descartes, vale decir: la verdad.

La diferencia está en la abstracta liquidación que se pretende hacer de un saber que forma parte inmanente de la totalidad del ciclo en cuestión, por lo cual, para Vico, resulta necesario ponderar los beneficios y los perjuicios que se derivan de la dictadura metódica instaurada por la modernidad, a fin de ordenar el acontecer histórico de forma que no se nos aparezca como una simple recolección de datos empíricos, sino que descubramos las leyes y el orden en el que se suceden¹⁴.

En este sentido, conviene reconocer el hecho de que, en virtud del método, los modernos han resuelto con pasmosa facilidad problemas que los antiguos no pudieron resolver. Las ingeniosas invenciones de mecanismos e instrumentos de precisión avalan por sí mismas al método cartesiano. Más aún, para no privarse de su auxilio en la exploración del oscuro laberinto de la naturaleza, –los modernos– han introducido en la física el método geométrico, y, manteniéndose aferrados a él como a una suerte de hilo de Ariadna, recorren hasta el fondo el camino prestablecido, describiendo las causas sobre cuyos fundamentos ha sido creada por Dios, óptimo y máximo, esta admirable máquina del mundo¹⁵.

Además, los sorprendentes hallazgos en el campo de la física y de la química, de la mecánica y de la medicina, de la genética y de la astronomía, así como el descubrimiento de los nuevos continentes y de la nueva interpretación de la geografía mundial, auxiliados por la brújula, el telescopio, la imprenta y el microscopio, entre otros instrumentos de cada vez mayor sofisticación, han hecho del método un cuerpo científico de innegable valor, que pone de manifiesto las enormes proporciones cognoscitivas conquistadas y la obvia distancia existente

¹⁴ Cfr: Juan Carlos Rey, *Ensayos de teoría política*, Ateneo, Caracas, 1980, p. 36.

¹⁵ Cfr: G.B. Vico, *De nostri temporis...*, *Op. cit.*, p.50

respecto de los antiguos. ¡Quién iba a creer –comenta Vico– que los hombres estuviesen hoy en capacidad no sólo de girar junto con el sol entorno al globo terráqueo, sino de sobrepasar del norte al sur las líneas de los trópicos, en un tiempo inferior al requerido por el sol para completar su curso!

Y sin embargo, a pesar de las ventajas indudablemente alcanzadas, la verdad no llega a manifestarse en su concreción, y, más bien, la conciencia moderna pareciera conformarse con sus retazos. La anhelada verdad, inmanente al propio discurso cartesiano, queda escindida no sólo en cuanto a su principio sino, además, en cuanto a su aplicación práctica, precisamente por el hecho de transformarse en su contrario –esto es: en una mera abstracción– sin orden ni conexión con lo universal y absoluto. Porque Descartes, al concebir la verdad universal como elemento separado de la certeza particular, transforma la verdad en certeza y la certeza en verdad, creando de este modo una situación de desdoblamiento y de no reconocimiento de las partes esenciales del saber. De ahí la importancia de la reconstrucción, a la luz de la historia, del proceso de reconciliación de dichas partes, a fin de que la conciencia moderna sea capaz de restablecer, precisamente, el *ordo et connectio* inmanente a las ideas y a las cosas, cuyo sentido y significado, sostiene Vico, resultan de su conformación histórica y cultural, a objeto de poder abrazar el ciclo universal del saber.

En este sentido, más allá de la mera ornamentación verbal, la antigua retórica se transforma en hermenéutica: es decir, en aquella extensión de la jurisdicción del saber que va desde lo verdadero hasta lo verosímil, y cuyo propósito consiste en armonizar las competencias de cada manifestación del saber. Se trata de una constelación conceptual que está al servicio de la antropología, y que es indispensable para interpretar la mentalidad propia de todos los tiempos, incluso de los más remotos, al punto de reconstruir los alcances y los límites de cada *Kultur*, es decir, de cada sociedad civil en el interior de su perspectiva histórica. En el fondo, en esta concepción viquiana de la retórica, se puede descifrar la persistencia de una fidelidad no pocas veces declarada por Platón, toda vez que en *Fedro* y *Gorgias*, a pesar de las imputaciones contra la psicología, acusada de mistificar la verdad, el gran idealista de la antigüedad parece reconocer el hecho de que las imágenes que seducen y la apariencia sensible son, siempre, una remota y deformada imitación de las ideas, un vestíbulo que abre el acceso a la verdad, mas nunca un obstáculo para aprehenderla.

Vico y Descartes: ambos se proponen el mismo fin, es decir, conquistar la objetividad. No obstante, cada uno llega a determinarla de un modo distinto: para Descartes a través de un criterio racional. Para Vico, en cambio, mediante la diversidad de las manifestaciones histórico-culturales que forman el espesor inmanente del saber. Descartes busca el método que conduce directamente a la razón verdadera. Vico tiene consciencia de la ilusión de un método que despoja a la verdad de sus contenidos y la escinde.

Quien únicamente parte de la razón para actuar, parte del prejuicio según el cual los hombres son dirigidos en sus acciones por motivos exclusivamente racionales. Este es el error que Vico le imputa a Descartes: los hombres, lejos de lo que pueda pensar el filósofo francés, actúan de acuerdo con sus necesidades y por la voluntad de superarlas. Ni lo uno ni lo otro atiende a las previsiones de un conocimiento meramente instrumental. Como dice Vico, las acciones de los hombres no pueden ser medidas con la regla rectilínea de la rigidez racional.

Todo ello, confiere a la historia un nuevo y más profundo valor: ya no se trata exclusivamente del conocimiento racional; tampoco de un objeto estático, rígido e indiferente, que sólo es capaz de comportar conocimientos referentes al pasado. Más bien, se trata del desarrollo del espíritu humano en su versatilidad y movilidad, atendiendo, en consecuencia, la especial visión objetiva de lo particular, que conduce a la verdad y a lo absoluto. *In der Praktischen* los hombres conquistan con plena consciencia su mundo tal y como es, es decir, más allá del abstracto deber, que sólo puede ubicarse en el opinar propio de un elemento fofo y que permite imaginar lo que se quiera.